

Amor indestructible

Adriana Molina

UN AMOR INDESTRUCTIBLE



ADRIANA MOLINA

Capítulo 1

En una ciudad muy lejana, germinó un amor indestructible. Era la época del romanticismo y también el tiempo en el que todas las personas casadas no estaban enamoradas sino que eran comprometidas a conveniencia. En aquella ciudad vivían Ariadna y Bryan con sus familias. Ariadna tenía ojos oscuros, cabello negro y largo que le llegaba hasta su cintura, sus labios eran rojos como la sangre y su estatura no excedía un metro y medio. Por su parte, Bryan era blanco, de cabello castaño, ojos color verde, su nariz era muy pulida y su estatura era de un metro setenta. Ambos, tenían quince años recién cumplidos y vivían de polo a polo.

Un día de tantos se vieron en una academia de literatura. Ariadna llevaba puesto un vestido azul que le llegaba a los tobillos y Bryan llevaba un traje de cola de color negro. Ambos amaban escribir, pero en la época no dejaban escribir a las mujeres. Ariadna se presentó pero sabía que no la dejarían estar allí. Sin embargo, tenía muy claro que el primer paso era atreverse. Iniciaron las inscripciones y ella fue notando que la pocas jóvenes que se presentaban a la entrevista no pasaban este filtro, y haciendo la fila se dio cuenta que le faltaba poco y por dentro tenía muchos nervios. Pero dejó al destino hacer de las suyas. Bryan iba detrás de ella. El maestro de Literatura la observó de arriba abajo; en la expresión de su cara mostraba la desconfianza para inscribir a Ariadna. Pero Bryan, viendo los deseos de Ariadna por ingresar a la academia, le dijo al maestro que la inscribiera, porque él se haría responsable. Los ojos de Ariadna brillaban como nunca lo habían hecho y su corazón palpitaba de felicidad. Ella esperó a que Bryan se inscribiera, seguidamente lo detuvo para que se presentaran y se dieron amablemente la mano. A él le pareció una chica muy hermosa y a ella la cautivó la simpatía del chico. Luego se despidieron.

Dos semanas después, iniciaron las clases de literatura en la academia. Los dos asistieron y quedaron admirados por todos los conocimientos que adquirieron; sentían que habían perdido mucho tiempo y que en la academia hacían muy buen uso de él. Así, siguieron durante dos años; en este tiempo el sentimiento de amor creció en ambos. Bryan deseaba ser dueño de Ariadna para protegerla, en su mirada y corazón no había deseos carnales. Ariadna se sentía protegida y a gusto estando con Bryan hasta que no aguantaron más y sin decir palabra alguna se besaron. En ese momento brotaron en ellos mil emociones reprimidas. Desde aquél instante no quisieron estar separados; deseaban irse a vivir juntos. Pero... los padres de Ariadna jamás la dejarían formar una relación. Bryan le propuso una fuga. Ariadna dijo: -No defraudaré a mis padres, mejor esperemos a que seamos mayores de edad y ya veremos que hacemos.

El tiempo pasó demasiado rápido y situaciones externas los alejaron totalmente. La madre de Ariadna la envió al exterior; ella soñaba con ser religiosa, más no pudo lograrlo porque a sus escasos catorce años sus padres la habían comprometido con un hombre el cual se convirtió en su esposo y el padre de Ariadna. Y proyectó este sueño en Ariadna, sin pedir el consentimiento de ella. Ella lloró amargamente porque no pudo despedirse de Bryan, y en ese tiempo no había forma de comunicarse. A su vez, Bryan fue reclutado por el ejército de guerra de otro país, el cual estaba en combate; él no supo más de Ariadna. Sin embargo, se seguían amando y cada noche recordaban ese beso.

Los primeros días para ambos en un país desconocido fueron difíciles, pero con el tiempo se fueron adaptando. Bryan resaltaba en el ejército de guerra por su estrategia para combatir; pronto fue ascendido a un nuevo cargo logrando ganar mucho dinero, y se preguntaba: -"¿De qué sirve el dinero si no puedo tener a la mujer que amo conmigo?" Mientras tanto, Ariadna ayudaba en el convento a muchas personas desplazadas por la guerra. Este motivo le dio fuerzas para seguir adelante; cada día se despertaba pensando en que podía servir a los demás. A pesar de estar en el convento ella nunca usó hábito. La madre superiora por el servicio a la comunidad, la dejó hospedarse allí; tenía claro que Ariadna no entregaría su corazón a Dios porque le pertenecía a un hombre.

Transcurrieron muchos años. Una mañana Bryan se miró al espejo, halló demasiadas arrugas en su cuerpo, tenía sólo la pierna derecha debido a que su izquierda la había perdido siendo víctima de una granada de mano. Sus ojos desbordaban mil lágrimas que acariciaban su rostro mientras anhelaba incansablemente ver a Ariadna. Ella apreció sus manos, encontró en ellas la vejez, estaba un poco enferma y su último deseo era volver a ver a Bryan. La madre superiora viendo estas condiciones, envió a una religiosa para que la acompañara a su país natal.

Cuando llegó, Ariadna no lo podía creer, pues su ciudad era solamente un pedazo de tierra lleno de escombros; observó familias pidiendo limosnas, perros hambrientos y casas destruidas. De pronto vio pasar a un oficial del ejército y le preguntó: -"¿qué ha sucedido?" En ese instante, sus ojos brillaron nuevamente; ese oficial era nada más ni nada menos que su Bryan. Se dieron un fuerte abrazo acompañado de un largo beso. Bryan le contó que el país vecino había destruido todo en busca de riquezas. Ella preguntó por sus padres; Ariadna sabía que eran muy pobres y no contaban con el dinero suficiente para sobrevivir ante una guerra. Bryan le dijo que se había hecho cargo de ellos hasta que murieron, estando agradecidos con él y felices porque su hija no había padecido la guerra. Ariadna, lloró desconsoladamente; ella amaba a sus padres y sólo conservaba el recuerdo de su adolescencia.

La vida le había arrebatado un pedazo de su corazón. Ahora, ella no permitiría que le arrebatara el fragmento de corazón que aún permanecía latente, el cual le pertenecía a Bryan. Entonces se aferró a él, buscando refugio.

Ariadna sufría de sus piernas, por esta razón estaba en silla de ruedas. Él la condujo hasta su casa, le ayudó a bañarse y vestirse. Después la acomodó en la cama. Era un amor sin límites. Al otro día, la ciudad en ruinas estaba alborotada; porque dos ancianos amanecieron muertos.